Una alegría en el futuro

Antonio López Peña

Capítulo 1

Una alegría en el futuro

A L P (19 – Abril – 2020)

Todo eso ocurrió hacía mucho tiempo. Pocos lo recuerdan, o pocos lo quieren recordar. No eran cuentos de viejos ni relatos salidos de imaginaciones negativas. Simplemente ocurrió…pero mejor ni hablar del tema.

La sociedad estaba viva, más viva que nunca y en la mayoría de sitios se respiraba lo que se denominó "alegría de futuro".

Las familias salían a pasear con sus hijos. Los mayores miraban tranquilamente a la prole o simplemente, con la tranquilidad de conciencia de haber contribuido al futuro biológico, contemplaban el paisaje.

No había nada especial. O mejor dicho, lo realmente especial era la libertad. La libertad de poder andar por las calles, por los campos, por el mundo entero sin tener peligro evidente.

Ramsés era uno de los mayores del pueblo. Siempre ejercitándose, siempre corriendo de aquí a allá. Por mucho que tanto sus familiares como los conocidos se lo decían, nunca paraba.

Si había que ir a recoger algo, allá que iba corriendo. Si tenía que visitar a alguien, corriendo también. Pura energía.

"Ramsés, ¿Por qué vas tan corriendo? Ya no tienes que trabajar,

tranquilízate amigo!"

"Toda mi vida he sido así" respondía Ramsés "No voy a cambiar ahora, y además, si alguna vez vienen de nuevo los "días oscuros". El estar en forma y tener un cuerpo estilizado siempre va a ser positivo." "Vosotros rezad -si sabéis – para que no vuelvan esos días, amigos"

Desde esos tiempos pasados, la sociedad conservó unos servicios especiales.

Para quitar hierro al asunto, los ancestros los llamaron los "XSI".

Los ancestros fueron inteligentes. ¿Para qué construir a toda prisa? Cuando viene el mal, no hay tiempo que perder. Hay que usar lo que ya

está construido o lo que la misma naturaleza nos ofrece para sobrevivir.

Daphne era también conocida en el pueblo. Ya sabemos que en los pueblos la mayoría son conocidos, o familias o casi familia. Pero Daphne era especial.

Fue madre soltera. No necesitaba a nadie del otro sexo. Es más, ni se preocupó de saber quién podría ser el padre de su "prole". ¡Cinco! ¡Ni más ni menos! Pero ella lo llevaba con alegría. ¿Su trabajo? Nada del otro mundo, recogía basura.

Para ella era el trabajo más honroso del mundo. Además, de vez en cuando entre la basura, encontraba alguna que otra chatarra o "regalo" útil.

Siempre le veía el lado positivo a todo.

Todos los días, de camino a su labor se cruzaba con Ramsés y se paraba uno frente a otro. No se abrazaban, eso hace muchos años que dejó de hacerse. Sólo se miraban, echaban la cabeza hacia atrás y hacían un movimiento enérgico con la nariz. Era la forma que la sociedad adoptó para saludarse en el pasado, en ese pasado que nadie quería recordar pero que dejó secuelas sociales que aún perduraban.

"¿Qué tal Ramsés?"

"Ahí vamos, a hacerle una visita a tía Águeda"

Y ahí seguían, el uno con su energía rebosante, y la otra con su felicidad interna y externa.

Tía Águeda era lo opuesto a Ramsés y Daphne. Nunca salía. Y las pocas veces que se le veía en el exterior era para visitar a la Doctora Parzival.

Durante un rato, la Doctora escuchaba pacientemente cómo Tía Águeda le decía lo que tenía y lo que no tenía e incluso le decía lo que debía tomar para su tratamiento.

La Doctora simplemente asentía y hacía un movimiento lento de párpados, un ligero inclinar de la cabeza y un pequeño chasquido de dientes. Todo muy leve, pero lo suficiente para que tía Águeda se sintiera comprendida.

Entre los "maravillosos remedios" que Tía Águeda le decía a la Doctora, estaban remedios naturales (hierbas y flores campestres). Era el momento en el que -siempre sin éxito- aprovechaba la Doctora para recomendarle que saliese al campo y recogiese ella misma lo que necesitaba, le daba su beneplácito e incluso su aplauso. Pero, nada, Tía

Águeda nunca salía.

Era comprensible. Estaba vieja, y aunque, gracias a Ramsés, aún ágil, su mente ya no funcionaba como antes y sus miedos se habían mezclado con sus recuerdos para crear un muro infranqueable hacia la libertad. Todos intentaban hacerla cambiar de opinión, pero ella decía que no. Y como el tiempo estaba demostrando, cuando ella decía que no, realmente era no.

Qué diferente era la Doctora Parzival. Quizás era de la misma edad que tía Águeda, pero su sabiduría le venía sobre todo, de lo vivido.

De joven había sido una gran aventurera, y su gran espíritu de sacrificio y responsabilidad le hizo ostentar diferentes e importantes puestos en la sociedad.

Visitó otros países en busca de un Grial que simplemente era la experiencia que estaba obteniendo y cuando consideró que estaba lo suficientemente formada volvió al pueblo a poner toda su experiencia y sabiduría a beneficio de los demás.

Los fines de semana eran especiales para Daphne. Se lo tomaba libre y se iba con los cinco a pasear.

Normalmente iban a la playa. Lo cual era además de relajante, bastante cansino físicamente. Y no me refiero al tener que correr detrás de los cinco ni a la distancia al hogar, sino que, por culpa de esa distancia se cruzaban con muchos conocidos, y claro, el saludo una vez, estaba bien, pero muchas veces, la verdad era bastante tedioso. Era gracioso ver a Daphne y a los cinco machitos (hasta ahora no lo había dicho) hacer la coreografía: parada, cabeza hacia atrás, movimiento enérgico de la nariz, y listo, a seguir el camino.

En la playa, Daphne se dedicaba a descansar y los cinco a corretear por la arena. Cuando el sol empezaba a esconderse, si pasabas por la playa, podías decir sin temor a equivocarte, dónde había estado Daphne y sus cinco.

Un día, Ramsés iba con su energía de siempre, cuando de pronto, pisó una hoja de periódico en el suelo. Era una de esas hojas sueltas que el viento trae y lleva. Algo le llamó la atención, paró y lo leyó. Decía que en Qwghlm (ese país de nombre impronunciable) estaba volviendo a ocurrir.

Sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo y su energía se convirtió en hielo. Hielo que no le dejaba pensar. ¿Volverá a ocurrir? ¿Otra vez?

Cambió su destino y se volvió cabizbajo, sin su habitual energía vital. Como siempre, de camino, se encontró a Daphne y se detuvieron y tras la consiguiente parada, cabeza atrás y movimiento enérgico de la nariz, le

comentó el origen de su estado. No se lo creían y fueron a comentarlo con los gobernantes.

Por supuesto ya tenían noticias -las malas noticias corren, vuelan a una velocidad increíble.

Los gobernantes tenían prensa de distintos países en su poder y en todos los periódicos se podían ver grandes titulares.

En poco tiempo, todos en el pueblo estarían advertidos y el último día de la semana tendrían que volver a los "XSI". Y lo peor de todo. No sabían cuando podrían volver a salir de forma libre y segura.

Ese final de semana, como en el pasado, todos y todas hicieron acopio de víveres, lo que pudieron, unos más y otros menos. Acondicionaron de nuevo los "XSI" y se fueron trasladando poco a poco. Hasta el color del aire había cambiado en la sociedad. Ya no se respiraba esa "alegría de futuro".

Daphne y sus cinco se acomodaron en un "XSI" especial para familias, Ramsés se dedicaba a agilizar los movimientos y Tía Águeda no tuvo que entrar, ya que no había salido. Ella sólo quería saber el "XSI" que le habían asignado a la Doctora Parzival.

Era principios de semana. El sol asomaba por el horizonte e iluminaba a los primeros valientes.

Las calles empezaban a recuperar el sonido que hacía tiempo no tenía. Los coches, autobuses, la gente charlaban de lo que había hecho en sus casas. Pasteles, series, telebasura, etc. Todo a una distancia prudencial, pero lo hacían. Paseaban por la calle, por los parques, se encontraban a sus conocidos y… parada, cabeza hacia atrás, movimiento enérgico de la nariz y vuelta al trabajo, o a la socialización, o a lo que fuese.

Poco a poco volvía la alegría, no sólo al pueblo sino a toda la población de todos los países. Incluso a ese de difícil pronunciación.

Remson, el barrendero empezó su trabajo. Su primer turno estaba en la playa. Trabajaba con alegría en su primer día de trabajo después de mucho tiempo de confinamiento, mucho más del imaginado.

Y allí, en la playa, aún quedaba la arena removida por la familia de Daphne y los "cinco".

Y Remson, recogió una hoja de periódico que el viento le dejó agarrada a su pierna. Sí, una de esas hojas que trae y lleva el viento, la tomó con ambas manos y volvió a leer lo que su alma había deseado durante tanto

tiempo.

“El próximo Lunes 22, fin del confinamiento”

Sonrió y siguió trabajando y respirando ese aire que olía a “alegría de futuro”.

Desde debajo, desde la alcantarilla “XSI-3” Ramsés, intentaba organizar a todos para que este cambio fuese lo menos dramático posible … para la sociedad de las ratas.